

Libros Prohibidos

Por: Jordan Blue

«Odio la lluvia». La idea se reafirma en mi mente cuando salgo del coche para recibir la desagradable bienvenida del agua en mi cara. Siempre intento mejorar la técnica de abrir el paraguas, pero hay tragedias que no pueden evitarse.

—Luego te escribo para que me recojas.

—Vale —responde mi padre con la misma entonación de cada día.

Recorro el camino hasta el edificio Norte de la Facultad lo más rápido posible, intentando recortar tiempo a mi agonía. A mi espalda escuchó el ruido del motor que se aleja.

Cuando entro en el *hall* siento el alivio de saberme bajo un techo. Cierro el paraguas y rezo para que cuando salga de aquí ya no esté lloviendo.

Miro el reloj: las ocho y cuarenta. Perfecto. Sólo tardaré cinco minutos en llegar al aula y todavía me sobran quince para desinfectar mi asiento, ir al baño y charlar un poco con las niñas. Hay que disponerlo todo bien si se quiere sobrevivir a un seminario de dos horas sin descanso en el que un profesor te cuenta cómo hacer una sutura pero, ¡oh sorpresa!, no te deja practicar ninguna. Los compañeros del grupo de la semana pasada ya nos habían avisado. Entre la lluvia y esto el día no promete mucho.

Antes solía sentarme en la mitad delantera de la clase. Pero, con la distancia de seguridad entre compañeros, eso se ha traducido en acabar casi al final. El hilo de voz proveniente del señor del fondo no ayudaba mucho a seguir la explicación y yo me preguntaba constantemente por qué no encendía el micrófono.

Cuando asisto a lo que yo considero una mala clase, suelo anotar en mi cabeza lo que no voy a hacer cuando sea profesora. Así, por lo menos, saco algo de provecho.

Cuando por fin acaba mi segunda tortura del día, salgo pitando hacia la biblioteca. A las 11:00h tengo una clase online y no me da tiempo a llegar a casa, así que tengo que quedarme en la Facultad. En otras circunstancias, hubiera ido con mis amigos a desayunar a la cafetería, pero últimamente ya no hacemos planes que supongan quitarnos la mascarilla. Resignada ante aquel recuerdo de días mejores, subo las escaleras como tantas veces, sólo para frenar en seco apenas unos segundos después.

—¡Mierda, el hidrogel! —me digo a mí misma por lo bajini. Doy media vuelta, busco el dispensador más cercano y me echo una buena cantidad en la mano izquierda. La bibliotecaria asiente en señal de aprobación; quiero pensar que con una sonrisa amable tras su mascarilla.

Llego un poco apurada arriba y busco algún hueco libre entre mis mesas favoritas. Diviso un magnífico escritorio en el ala izquierda junto a la ventana y un radiador: bingo. Suelto mi paraguas y mi bolso y me siento. Quizá he hecho demasiado ruido en el proceso. Repaso en mi cabeza los pasos a seguir para poder conectarme a mi clase online creyendo que si marco una ruta y la sigo a la perfección conseguiré no gastar mucho del poco tiempo que me falta. Saco el iPad, conecto la *wifi*, tecleo «UCO Moodle» en el buscador y pincho en «acceder». Meto mis credenciales sin tener siquiera que pensarlas y busco la asignatura en cuestión. Cada vez estoy más cerca de mi objetivo. Bajo con el dedo hasta que encuentro «Clase 17». Pincho. La pantalla me hace la misma estúpida pregunta de siempre: ¿Desea usted conectarse a la sesión? Pues claro, joder. ¿Hubiera completado si no todos y cada uno de los arduos pasos necesarios para llegar hasta aquí? Por fin veo la cara del profesor y es entonces cuando me reclino en la silla azul, respiro hondo y me coloco los auriculares. Allá vamos.

Los expertos aseguran que una persona no puede mantener la concentración durante más de diez minutos seguidos. Es por ello que, consciente de mis limitaciones humanas, comienzo a coger apuntes en la libreta en mi empeño de no despistarme. Sin embargo, media hora más tarde, es inevitable caer en la tentación de mirar el móvil. Nada interesante. Decepcionada ante el intento fallido de buscar una distracción, vuelvo a guardar el móvil y miro alrededor en busca de algo o alguien interesante. Cuando pasan unos minutos, me encuentro a mí misma con la mirada perdida y la mente en blanco. Avergonzada, intento salir de mi estupor de manera discreta y me recuerdo que debería irme a la cama más temprano esta noche. Aun así, en lugar de volver a mi clase virtual, me quedo mirando una estantería llena de libros que tengo en frente. «Inmunología y Enfermedades Infecciosas», ¡qué casualidad! La voz del profesor se ha convertido ya en un susurro lejano mientras otras ideas van llenando mi mente. Observo esos tomos y recuerdo cuando se podían ojear y consultar sin problema. Ahora hay un cartel en cada columna que reza:

«Prohibido tocar los libros».

Acompañando este mensaje, cuelgan de lado a lado unas cintas de plástico con rayas rojas y blancas que otorgan aún más dramatismo a la escena.

De repente siento un cierto toque poético en todo aquello. Una biblioteca en la que no se puede leer libros. Una facultad en la que los alumnos asisten a clases online. Unos ejemplares inaccesibles para todos los que estamos allí precisamente para aprender lo que ocultan sus páginas. Una escena casi de

crimen. Como gran fan de Tarantino no puedo evitar compararla con alguna de sus películas. Profunda pero a la vez un tanto surrealista; te resulta desagradable, pero no puedes dejar de mirarla. Lo que tenía ante mí —intento discernir entre mis sentimientos— me inspiraba tristeza e incredulidad. La imagen me transmite algo poderoso. Como si de repente, en un solo marco, pudieran manifestarse tantas cosas, sacarse tantas conclusiones, plasmarse tantas consecuencias. Siento que la escena había estado ahí desde hacía mucho tiempo, discreta, esperando a que alguien posara sus ojos sobre ella. Y yo había sido la elegida. Después de varios minutos reflexionando frente a aquella estantería, comprendo que debo inmortalizarla. Saco mi móvil del bolso y echo una foto. Me alegra comprender que aquel sencillo gesto, de alguna manera, supone enfrascar mi emoción para el recuerdo. De hecho, la estoy mirando de reojo mientras escribo estas líneas.

Clases online y libros prohibidos. En esto se ha convertido la universidad gracias a la pandemia.